

Para el autor las supersticiones y agüeros, que influyen en todos los espacios y temporizaciones del acontecer cotidiano de la vida cultural, no sólo de Colombia sino en general de América, son producto de la "mentalidad primitiva de los pueblos" (pág. 255, subrayado por el autor), la cual se encuentra "no solamente en los pueblos primitivos sino también en los grupos iletrados de los países civilizados y aun en las demás clases y grupos sociales" (pág. 255). Sin embargo, algo curioso acontece en su libro: él, que no es propiamente un "iletrado", realiza un giro intempestivo, al finalizar su libro, con el anexo titulado "Cartomancia. El arte de echar las cartas". Allí expone con propiedad erudita "una de las formas más utilizadas para adivinar el porvenir" (pág. 257), diferenciándola de otras, que sí considera como supersticiones o agüeros y que también adivinan el porvenir, como el canto de las gallinas en el Chocó o la lectura de los fenómenos atmosféricos en otras regiones de Colombia. Es obvio que el canto de las gallinas no implica la conjunción sintáctica de posibilidades y probabilidades aleatorias de una "echada de cartas" en torno a las posibles lecturas combinatorias que se pueden dar como variantes estructuradas en las formas: "la cruz de San Andrés", "la gran pirámide" o "la gran estrella". El canto de las gallinas sólo da una lectura de certeza anunciando desgracia o la muerte de alguien cercano, con la posibilidad de anular ese augurio al matar de inmediato a la gallina; esto para el autor es un agüero y superstición, tal vez por no tener la característica de corresponder a una "pauta mundial", que sí tiene la cartomancia, en particular la presentada por él en la lectura de la baraja española a partir del entrecruzamiento aleatorio y secuencial entre las figuras con valoración numérica de as a rey y su clasificación en oros, copas, espadas y bastos, y según su emergencia configurativa "al derecho" o "al revés" al tomar una de las cartas como punto de referencia. De acuerdo con su erudición, que nos hace pensar que el autor es un asiduo practicante de este arte, presenta un ejemplo de esta combinatoria en la que es posible

pronosticar algo tan actual como el sida: si se toma como referencia la *sota de oros* en emergencia "al revés", su significación, según Javier Ocampo, es: "Un regalo excesivo, muy llamativo, crea incomodidad y no se sabe cómo retribuirlo. Predice inundaciones. También muestra enfermedad, adquirida en el abuso en los placeres del amor. Cerca del *dos de copas* indica escándalo. Cerca del *ocho de espadas*, indica enfermedad vergonzosa (sida u otras)" (pág. 263).

¿Será que las supersticiones son tan fuertes que afectan aun a quien en forma incrédula elabora un libro para hablar de ellas como producto de "mentalidades primitivas", volviéndolo crédulo de aquellas prácticas en las que se encuentra una "pauta mundial"? ¿O es que, justamente contrario a la posibilidad semántica peyorativa, el sentido común, hablar de supersticiones y augurios no es más que una redundancia de sentidos, puesto que superstición no es más que aquello que indica algo que sobrevive de saberes ancestrales y milenarios en los cuales se inscriben los augurios (agüeros) y presagios que constituyen algo decible de lo visible, ya sea en el canto de una gallina y en la configuración azarosa de una "echada de cartas"? Respecto a esta última inquietud, es interesante recordar lo dicho por Gabriel García Márquez en su entrevista con Plinio Apuleyo Mendoza: "Creo que las supersticiones —o lo que llaman supersticiones— pueden corresponder a facultades naturales que un pensamiento racionalista, como el que domina en occidente, ha resuelto



repudiar", después de afirmar que "las supersticiones son lo único que nos queda a los que no creemos en Dios" (*El olor de la guayaba*, Oveja Negra, Bogotá, 1982, pág. 119).

WILLIAM TORRES C.

La tradición afroamericana

Las claves mágicas de América
(raza, clase, cultura)

Manuel Zapata Olivella

Plaza y Janés, Bogotá, 1989, 180 págs.

No existe en Colombia una tradición sobre estudios afroamericanos, como la que pueden mostrar Brasil y Cuba, entre otros países de América Latina y el Caribe, con obras tan monumentales como la de Gilberto Freyre (*Casa grande e senzala* [*Casa grande y choza*], 1933) o la de Fernando Ortiz (*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, 1940). Los estudios sobre el negro en Colombia apenas comenzaron a apuntar con las publicaciones de Aquiles Escalante, en la década de los cincuenta, y en fecha más reciente, con los trabajos de Nina de Friedemann y de Jaime Arocha. A esta corriente apenas inicial, se añade ahora el libro del antropólogo y literato Manuel Zapata Olivella, un antiguo militante de la valoración de la cultura afroamericana.

Este vacío corresponde a la pauta de lento desenvolvimiento de las ciencias sociales en Colombia, y a una historia que fue muy presa de todos los dogmas del espíritu finisecular propio del momento de la expedición de la Constitución de 1886: una nación blanca o mestiza, con fuerte herencia castellana, con una sola lengua, una herencia común y una religión dominante, la católica. Una historia narrada desde el punto de vista del conquistador, primero, y luego sellada



con el retrato de los héroes criollos que fundaron el Estado colombiano. Una historia, en fin, que miraba la nacionalidad desde la altura de la altiplanicie central.

Hoy, cuando la nación ha comenzado a traspasar esas fronteras mentales, encuentra una realidad plural y un tejido contradictorio. Basta mencionar, por ejemplo, que los focos mayores de pobreza coinciden con aquellas regiones geográficas de mayor ascendencia negra, o sea con las dos costas colombianas, la del Caribe y la del Pacífico. Este argumento podría validar la tesis que quiere demostrar Manuel Zapata Olivella: que existen formas veladas de discriminación, y que hay cierta coincidencia entre dominación de clase y subyugación étnica.

Con todo, en este libro es visible una dificultad. La de un documento elaborado desde una perspectiva militante, en la que sobresalen los argumentos ideológicos o políticos, por encima de la indagación directa de los hechos, que es muy débil. Aunque bien escrito, como corresponde a un escritor que ya se ha probado en novelas reconocidas, como *Changó el gran putas*, el libro se resiente por el carácter reiterativo y hasta monotématico de las tesis y por sus fuentes secundarias, basadas en las investigaciones de Aguirre Beltrán, Darcy Ribeiro y Senghor. Queda la impresión de que el texto es una recreación, o una traducción, o una trasposición del pensamiento de otros pensadores al medio colombiano o al medio americano.

No obstante, el libro tiene el mérito de despertar el interés por una reelec-

tura de la historia colombiana, que considere en forma más seria la raíz africana de buena parte de nuestra naturaleza, de nuestra población y de nuestras costumbres. Sin una investigación sistemática de esta naturaleza, el concepto de identidad cultural colombiana siempre seguirá siendo o hipostático o fragmentario.

A nuestro modo de ver, el caso ameritaría la creación de un Instituto de Estudios Afroamericanos, que además debería servir como puente para la comunicación de las ciencias sociales de Colombia con Afroamérica (el Caribe, Venezuela y Brasil) y con el continente africano, sin perjuicio de apoyar de veras los esfuerzos de algunos pioneros concentrados en el Instituto de Estudios de la Cultura Negra. Un instituto de alto nivel de esta naturaleza debería localizarse en algún punto de la costa caribe y debería incorporar y estimular el desarrollo de todas las ciencias sociales en una perspectiva interdisciplinaria, con proyección en el subcontinente. Sólo de esa forma podría remediarse ese atraso indicado en los estudios sobre la población de origen africano, que contrasta con la magnitud y con la importancia de la población negra en la historia de Colombia.

GABRIEL RESTREPO FORERO
WILLIAM TORRES C.

Una colcha de retazos

La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos
Salomón Kalmanovitz
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989,
155 págs.

El profesor Salomón Kalmanovitz acaba de publicar un nuevo libro, en gran medida distinto de los otros textos que le conocíamos. Aparentemente se identifica con sus anteriores investigaciones en que el libro que ahora comentamos —*La encrucijada*

de la sinrazón— también está constituido por ensayos. En verdad, Kalmanovitz se ha conocido más por su calidad de ensayista —sobre todo en temas económicos e históricos— que por haber producido libros en el estricto sentido de la palabra; vale decir, como elaboraciones intelectuales coherentes e hilvanadas o que respondan a una estructura narrativa y lógica profundamente articulada. Recordemos, solamente que la casi totalidad de los textos de Kalmanovitz son conjuntos de ensayos —con la excepción del libro *La agricultura en Colombia*—, pues el primero versaba sobre el desarrollo del capitalismo dependiente, que reunió las contribuciones del autor a la desaparecida revista *Ideología y Sociedad* durante el período 1973-1977. El otro libro, *Desarrollo tardío del capitalismo*, es un conjunto de ensayos críticos a la teoría de la dependencia, que presentan una serie de temas de comercio internacional e historia y economía colombiana y latinoamericana.

El tercer libro, *Economía y nación*, también constituye, pese al esfuerzo del autor por hacerlo más coherente, una recopilación de ensayos escritos en distintas épocas (desde el artículo sobre el régimen agrario en la época colonial, publicado originalmente en *Ideología y Sociedad* (núm. 13 de 1975) pasando por el que versa sobre el régimen agrario durante el siglo XIX, publicado inicialmente en el tomo II del *Manual de historia* (Bogotá, Colcultura, 1979), hasta llegar a otra serie de artículos sobre industrialización, violencia y evolución económica durante el Frente Nacional). En fin, casi toda la producción teórica e investigativa de Kalmanovitz se ha expresado en la producción de un diverso tipo de ensayos, hay que decirlo también, de desigual calidad y rigor. Luego de conocerse la trayectoria investigativa de Kalmanovitz, era de esperarse que un nuevo libro de "ensayos" —en seguida discutiremos si esta producción amerita tal denominación— siguiera por lo menos la senda rigurosa y coherente de los libros antes evocados.

Sin embargo, Kalmanovitz, no se sabe por qué circunstancia —si el afán de publicar, el desencanto poli-